

Entremos más adentro en la espesura

Claros del bosque.

Revista de poesía y pensamiento,
Nº 1 Primavera 1985

I

La claridad cuando es inmediata y en cierta medida viviente alberga y sobre todo invita a demorarse en ella. Mas es posible que suceda, ya que estamos de pleno en lo imprevisible, que en esta apetecible y apetitosa claridad algo, un leve movimiento de una rama, una flor, que nos canta, y sobre todo, una mirada remota, no nos deje reposar y nos llame irresistiblemente; algo, alguien tras esa mirada, desde más allá, nos saca de nuestro feliz ensimismamiento. Ese ensimismamiento que es feliz solamente cuando nos sentimos dentro de otro lugar, de otro tiempo, que parecen ser los nuestros, los buscados y aun prometidos. Mas no es así, en la claridad al fin alcanzada, en el aire transparente al fin respirado, en el lugar que no necesita ser soñado y que por el contrario nos libra del soñar y de ensoñarnos, allí mismo llega, a través de una palabra que estaba acallada, a través de no se sabe bien qué “que queda balbuciendo”, ese imperativo del amor, del Poema: “entremos más adentro en la espesura”, para darnos a ver que allí de donde nos llaman mandándonos ir, es a las “altas cavernas” del sentido. Y entonces tras de haberlo oído se queda sin saber y sin quererlo, sin querer entender nada ni saber de ninguna otra cosa; y así se adentra, por pobre que sea esta criatura, en su propia espesura, que es más suya que la claridad y el aire, más propia que toda la transparencia por ella conocida.

II

“No temas, sigue”. Quizás, sin saber de dónde la voz le llega, oye, sin saber tampoco de dónde la llamada procede; y sigue. Cada vez más dentro de su propia tiniebla, mas ya no a solas, no sin amparo, se adentra en la espesura. Mas aun así la espesura no se aligera y abre, ni le permite avanzar siquiera un paso, y el incentivo que puede ser un cierto incendio en la criatura no basta continuamente para alumbrada; prosigue fielmente en esa situación que no le lleva todavía allí de donde es llamada. Y se queda donde está sin voluntad propia, sin intento ni intención alguna, en tanto que la llamada no se reitere, al modo como sucede en todo proceso de amor, en el que los amantes, es decir, los que aman necesitando todavía ser correspondidos, no se cansan de oírse repetir la llamada. Las llamadas del amor tienen que seguir todavía el tiempo sucesivo —el que exige continuidad— en que la criatura sigue atada, no sumergida por este tiempo pero sí a él atada. Tocada por la eternidad sigue esta criatura aún atada al tiempo sucesivo, que exige del amor su continuidad todavía, pues que por la eternidad no ha sido más que tocada y no raptada.

III

La criatura al adentrarse en la propia espesura, por haber sido llamada, ¿habrá sido, en realidad, elegida? Elegida y llevada, aún en su mismo abandono sentido por ella, a un estado de tal pasividad, tal como si no hubiera nacido del todo y fuera a ir a nacer ahora, a renacer sin morir, lo que literalmente se llama morir, deshaciéndose por amor, que si por amor no fuera, es decir que si ella retrocediese, atravesaría su propia espesura desnaciéndose, cuando menos negando su propio nacimiento, regresando o ingresando en la espesura total.